

# La edición independiente como alternativa para fortalecer la diversidad de la oferta editorial

*OBIEI Observatorio Iberoamericano de la Edición Independiente*

Equipo de trabajo conformado por Margarita Valencia, Pablo Odell y Martín Gómez

<http://www.obiei.org> | <http://www.tokland.com> | <http://www.elojofisgon.com>

Este número de la revista *Texturas* coincide con la 23<sup>a</sup> edición de la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, México, que tiene como invitado de honor a la ciudad de Los Ángeles (EEUU). Es una coincidencia importante para el Observatorio Iberoamericano de la Edición Independiente, que justamente sea en este número donde se nos permita difundir las primeras conclusiones del trabajo de nuestro equipo, porque fue en la edición anterior de la Feria donde se fraguó su puesta en marcha. La conversación que se inició entonces en torno a los retos y oportunidades de la edición XXI nos condujo inevitablemente a la preocupación común por la diversidad de la oferta editorial y, específicamente, por el fenómeno de la edición independiente.

En agosto pasado estuvimos haciendo trabajo de campo con editores independientes y con otros actores relevantes del sector del libro de Colombia durante la 22<sup>a</sup> Feria Internacional del Libro de Bogotá, donde tuvimos la oportunidad de presentar algunos de los resultados de la labor que venimos desarrollando desde el OBIEI. Continuamos la conversación el pasado octubre en Madrid durante Liber, y ahora en la 23<sup>a</sup> Feria Internacional del Libro de Guadalajara, donde organizamos una mesa redonda sobre el tema.

## **Los futuros del libro son los futuros de nuestras sociedades**

¿Cómo produciremos y transmitiremos en el futuro las ideas sobre nosotros mismos y sobre los demás, sobre nuestros entornos y sobre nuestras expec-

tativas? La revolución digital que vivimos, como lo afirmó Roger Chartier, afecta la producción de contenidos, su difusión y reproducción, su uso y su consumo. Y el debate sobre el libro y la lectura entronca con el debate sobre las expresiones culturales y su difusión a la luz de la globalización económica, comercial y cultural, el impacto de las nuevas tecnologías y la prominencia de los grandes conglomerados empresariales.

Los editores empiezan a entender que el libro es un objeto de consumo que, entre otras cosas, debe competir con numerosas formas de ocio. Este desplazamiento del eje educativo-formativo hacia el mercado de consumo ocio-cultural debe sumarse al hecho de que las nuevas generaciones, familiarizadas con tecnologías informacionales diversas, no atribuyen al libro el valor simbólico que le atribuían las generaciones anteriores. De manera que la supervivencia de los editores –ya sea que trabajen desde la lógica del beneficio o desde la lógica de la cultura– depende de su capacidad de entender que lo esencial de los nuevos entornos digitales –Internet, cable, satélite, redes digitalizadas– es la experimentación, la participación en la comunidad y el aprendizaje constante (la capacidad de captar las reacciones y probar de nuevo). Y depende también de la admisión de que los futuros del libro son plurales y de que, por tanto, es banal la insistencia en el papel o en un dispositivo de lectura cualquiera en la medida en que será el lector (ya está empezando a serlo) quien decida, entre un menú muy amplio de alternativas, cuál es la combinación de contenido y soporte que más le conviene.

## **La diversidad editorial y las políticas estatales**

El mundo de la edición ha sido pionero en el abordaje de Internet pero subsisten los interrogantes sobre los modelos de negocio y los beneficios. Además, la actitud defensiva de sus agentes hace que las innovaciones tecnológicas deban convivir con el subdesarrollo de sus aplicaciones digitales. Es así como el descenso potencial de las barreras de entrada a la creación y producción, y el incremento consiguiente del pluralismo, se ven seriamente limitados por las luchas de poder. Por otra parte, la digitalización y los movimientos de acceso abierto –parte del procomún de la web 2.0– ponen al alcance de muchos un inmenso acervo de contenidos; pero éste no sirve de nada si no va acompañado de políticas de alfabetización y de superación de la brecha digital que garanticen el acceso. Eso significa que los Estados deben seguir jugando un papel de primer orden, ya sea por acción (concesiones y subvenciones) o por omisión (desregulación de los mercados). En cualquier caso, un papel que no esté guiado exclusivamente

–como, de hecho, sucede en muchos países– por un concepto economista y unilateral de la cultura y la comunicación que olvide su función social y democrática.

Dicho de otra manera, los asuntos aquí abordados no pueden ser considerados desde una perspectiva aséptica, desde una falsa objetividad científica. La idea de organizar un observatorio en red de alcance iberoamericano surgió en parte como una reacción contra el tipo de instrumentos que, fundacionalmente, «se constituyen como un sistema permanente y actualizado que integra información parcialmente dispersa, elabora estadísticas globales y específicas, formula análisis y proyecciones sobre el objeto de su observación, y alimenta en forma periódica información y estadísticas a organismos nacionales e internacionales; una estructura que reúne y facilita a los interesados, profesionales y políticos, la información necesaria para adoptar medidas en el ámbito sujeto al estudio; como un conjunto de elementos que, ordenadamente relacionados entre sí, contribuyen a facilitar la recolección, análisis, intercambio y devolución –con valor agregado– de información de alta calidad, confiable, exacta, acabada y necesaria para la ejecución eficiente y rápida de la toma de decisiones, y la adopción de medidas y políticas necesarias para desarrollar programas e intervenciones basadas en información confiable y validada».

Nuestra reflexión –y por tanto nuestra observación– está sesgada desde su nacimiento y busca torcer las reflexiones de quienes se acerquen a nosotros. Consideramos, por ejemplo, que es indispensable establecer correlaciones entre la oferta bibliográfica y el porvenir de la democracia, y desde esta perspectiva queremos incidir en el discurso político. Consideramos que la creación de un discurso político en torno al tema del libro y de sus futuros es una condición necesaria para cambiar el mundo. Las dificultades en el acceso a la información, a la lectura y a la poesía, la inexistencia de espacios públicos en donde se oigan las voces que hoy no se pueden oír o las barreras (económicas, políticas, morales) que impiden la circulación de las ideas: todos éstos son temas políticos.

En este sentido, nuestro interés en la edición independiente es estrictamente político. Tiene que ver con la convicción de que la calidad de vida depende directamente de las posibilidades de crear, de escoger y de imaginar. Nos pasa con la edición independiente lo mismo que con la lectura: no creemos que sea labor de los gobiernos incrementar el número de lectores; pero sí creemos que es su responsabilidad garantizar el acceso de todos a los libros (o a los contenidos, si se quiere): eso quiere decir erradicar el analfabetismo, dotar las bibliotecas, etc.; no debe ser labor de los gobiernos proteger la edición independiente –como constatamos que exigen muchos

editores adscritos a la Red de Editoriales Independientes Colombianas (REIC)– pero sí crear las condiciones para que ésta se dé. Los subsidios (motor real e innombrado de una buena parte de la edición independiente), las compras preestablecidas, son la muerte de la independencia y de la calidad editorial.

## **Hacia una definición de la edición independiente**

Es un hecho que la concentración de la propiedad en la industria editorial que viene dándose desde hace al menos dos décadas ha ido acompañada (y en muchos casos ha sido la causa) de la creciente homogeneización de la oferta editorial –producto de la necesidad autoimpuesta de competir con el libro como uno de los productos de la industria del entretenimiento masivo. Este empobrecimiento del trabajo editorial es a su vez el de la diversidad de la oferta, y tiene como efecto inmediato la desactivación del poder del libro como motor de la efervescencia cultural e intelectual de las sociedades.

La edición independiente es una reacción a este fenómeno, visible en la eclosión de editoriales españolas independientes –hoy podemos enumerar al menos una veintena, entre las cuales se destacan Minúscula, Melusina, Marbot, Periférica, Impedimenta, Veintisiete Letras, Barataria, Nórdica, Alpha Decay, Libros del Asteroide o Trama– claramente diseñadas para satisfacer las necesidades de pequeños nichos de lectores cuyos intereses específicos no encontraban satisfacción en la producción de los grandes grupos como Santillana, Random House Mondadori, Ediciones B, Norma o Planeta. También en América Latina han empezado a surgir editoriales cuyo trabajo va a contracorriente del de los grandes grupos y que favorecen el ensayo de corte literario o humanista, las voces latinoamericanas de la periferia, la literatura de vanguardias o la música popular contemporánea. Basta con fijarse en casos como los de Tragaluz en Medellín, Almadía en Oaxaca, Lom en Santiago de Chile, Estruendomudo en Lima o Marea en Buenos Aires, para ver que el fenómeno se está reproduciendo en todos los rincones de Iberoamérica.

Este resurgimiento de la edición independiente ha venido acompañado por la aparición de distintas organizaciones que las agrupan y que operan a diferentes escalas geográficas: global –la Alliance des éditeurs indépendants (AEI) y la Red Internacional de Editores y Proyectos Alternativos (RIEPA)–, nacional –la Alianza de Editores Mexicanos Independientes (AEMI), la Alianza Peruana de Editores (ALPE), Editores Independientes de la Argentina

(EDINAR), Editores de Chile, la Red de Editoriales Independientes Colombianas (REIC), la Liga Brasileira de Editoras (LIBRE), Bibliodiversidad (España) y Contexto (España)– y local –Red de Editoriales Independientes (REI, Andalucía)– por citar algunos casos. Tienen en común que no son organizaciones silenciosas y que su modelo no es el de los gremios pasivos del siglo pasado, cuya labor casi exclusiva era la interlocución con el Estado. Desde una u otra perspectiva, buscan comunicar su manera particular de concebir su oficio.

Pero lo cierto es que la gran variedad de intenciones que alimentan la edición independiente hacen de éste un concepto problemático: criterios como el tamaño de su estructura, el volumen de sus ventas o de su facturación, el enfoque de su línea editorial, las características de su fondo editorial, la calidad de su catálogo, el cuidado puesto en ciertos detalles del proceso de producción editorial o su orientación política son poco determinantes a la hora de establecer si una editorial puede considerarse independiente o no. Pero hay otro tipo de discernimientos que quizás nos permitan avanzar en la reflexión, y son los que surgen de una aproximación radial al fenómeno, desde el fomento de la lectura, las instituciones estatales, las bibliotecas, desde la edición universitaria o la edición infantil, desde las librerías y las ferias del libro, desde las revistas y los medios culturales.

Hemos querido evitar la asociación automática entre editorial independiente y edición de buena calidad, así como descalificar de antemano la calidad de todo lo que se hace en el seno de los grandes grupos. La buena calidad no es una consecuencia de la independencia porque ésta no necesariamente garantiza un rigor en la realización de las distintas fases del proceso de producción editorial ni que las obras que se publican cumplan con unos estándares de calidad determinados. A la hora de contrastar el trabajo de las editoriales independientes con el de los grandes grupos a partir de una posición que defienda un modelo u otro se corre el riesgo de hacer generalizaciones que no tienen en cuenta los matices existentes entre un extremo y otro. En *El nuevo paradigma del sector del libro*, (Trama editorial, 2008), Manuel Gil y Francisco Javier Jiménez señalan que «en los últimos años se ha subrayado de forma significativa la condición de ‘creador’ que tiene el editor independiente, pero consideramos que ese apelativo es excesivo o, en todo caso, independencia no debería asociarse directamente a creatividad [como dice Gilles Colleu]: ‘algunos editores económicamente independientes no son sólo tontos redomados sino también incompetentes notorios, que publican obras lamentables’» (41).

Creemos, sí, que las editoriales independientes suelen ser el espacio propicio para apostar por el descubrimiento de nuevos valores –los grandes gru-

pos, por el contrario, tienden a invertir en valores seguros que al vender masivamente ofrezcan el máximo de garantías de retorno de la inversión—. Adicionalmente, debido a la composición y al tamaño de su estructura, las pequeñas editoriales independientes tienen una flexibilidad y una capacidad de adaptación a nuevas circunstancias mucho mayores que los grandes grupos. Esta flexibilidad y esta capacidad de adaptación hacen que las editoriales independientes tengan un potencial de innovación mayor.

Por otro lado, en las editoriales independientes están dadas las condiciones para que la toma de decisiones con respecto a los títulos que se publiquen pueda hacerse en función de la construcción de un catálogo y de acuerdo con una línea editorial previamente definida, en lugar de basarse sólo en la búsqueda del rendimiento económico. Sus equipos editoriales suelen tener más autonomía en el proceso de toma de decisiones con respecto a los títulos que se publican, a diferencia de los grandes grupos, donde es frecuente que los ejecutivos comerciales, además de intervenir en el proceso, ejerzan una fuerte influencia en el desarrollo de cada proyecto y del catálogo en general.

## **La edición independiente y las nuevas tecnologías**

Las editoriales independientes también son una consecuencia de las facilidades de acceso en términos económicos y técnicos a las nuevas tecnologías. Toda la cadena del libro —no solamente en lo relacionado con los derechos de autor— se está viendo profundamente afectada por los intensos cambios que se están produciendo. Para empezar, los editores independientes deberían encontrar en los entornos digitales de generación web 2.0 un escenario adecuado para darle visibilidad a su trabajo, posicionar su marca y establecer una relación directa, fluida y continua con sus públicos. Pero para muchos editores la web 2.0 y las redes sociales, por un lado, y la impresión bajo demanda, el *e-book* y el lenguaje XML, por otro, son entornos que generan cierta ansiedad e incertidumbre y se han convertido en un laberinto que deben sortear a diario. Si las segundas son herramientas y cacharrería que aún no se atreven a utilizar, las primeras son parte de una revolución cultural que ya está aquí para quedarse y que requiere de los editores un cambio en su manera de pensar.

Por una parte, la disociación entre el contenido y el soporte físico que ha propiciado la digitalización ha dejado claro que lo esencial es el contenido. Por la otra, los editores han de darse cuenta de que, además de los mercados de masas, existen otros mercados emergentes, audiencias que debe

conocer y escuchar, con las que debe interactuar. El nuevo modelo parte del cliente y no del producto; en palabras de Michael Cader, «la edición todavía es un negocio alrededor de los libros... y necesita convertirse en un negocio alrededor de los lectores».

En suma, las posibilidades relacionadas con los contenidos digitales están jugando un papel fundamental en la definición de los futuros del libro y de la lectura. Y seguimos atentamente su evolución desde el Observatorio Iberoamericano de la Edición Independiente (OBIEI), con el propósito adicional de facilitar el acceso a estos cambios.

